

ESPAÑA DE PARTE A PARTE

RESUMEN DE LO PUBLICADO: España era un Imperio hacia Dios, con parada y fonda en los luceros

IV

1942

LA PERTINAZ SEQUIA Y LA FIEBRE GASOLINERA

Mientras los tambores del imperio redoblaban exaltando el músculo patriótico y los valores de la raza, aquí el personal pasaba directamente sin tocar banda del piojo verde a la tuberculosis, de la vergonzante ladilla a la anemia perniciosa, del heroico muñón producido en Brunete o en Belchite a la descalcificación ósea, porque aquí la única vitamina era entonces la cal viva de las paredes cuando se enjalbegaban en honor a la patrona o para la procesión del Corpus. Pero tampoco era cuestión de pasarse el día lamiendo las tapias para coger calorías. Quedamos en que las madres ibéricas estaban todas en la cola del aceite y que los caballeros raciales se frotaban mientras tanto el pubis nacional con otra clase de aceite, concretamente el inglés, que parásito que toca, muerto es. Quedamos en que, en los ratos libres que dejaban el estraperlo y las colas del racionamiento, el personal adicto a la Causa, si no tenía el pulmón estropeado por la tisis, podía tocar la trompeta, o si quería fabricarse un buen biceps político para el futuro, podía darle al tambor en los desfiles, porque entonces había muchos desfiles, de modo que cuando la gente se aburría, pues se ponía a desfilar con un fusil de madera.

En aquel tiempo llegó por aquí un golfo internacional, húngaro de nacimiento, con el invento de la gasolina sin-



tética. Este hombre misterioso se metió en las altas esferas del país y consiguió liar a personajes muy principales de nuestra autarquía, hasta tal punto que logró introducirse en El Pardo y tuvo el gran mérito de ser creído. El invento genial del húngaro consistía en fabricar gasolina empleando únicamente flores y matas mezcladas con agua de río y un

secreto producto de su propia invención. Aquello era una bendición de Dios. Alarmados los grandes trusts mundiales del petróleo, que veían hundido así su negocio, lanzaron detrás del famoso inventor a mujeres lascivas y fatales con cheques gordísimos para destruir el milagro, pero el dichoso húngaro, no se sabe si llamado por la Virgen del Pilar o por Santiago de Compostela o porque le iba la cosa del imperio o porque nos vio cara de tontos, lo cierto es que despreció las fabulosas ofertas del capitalismo extranjero y masón y nos cedió la milagrosa fórmula. Los periódicos dieron alborozados la gran noticia. «Con ello, y fácilmente, podremos conseguir tres millones de litros de carburante, reservando uno para el consumo interior y



exportando los dos restantes, lo que nos proporcionará un ingreso considerable de divisas, suficiente para todas las necesidades del país.» Incluso se llegaron a publicar detalles de la fábrica, que se había montado a orillas del Jarama, con capilla y todo, de modo que en adelante todo consistía en echar flores y polvos al río y a renglón seguido coger la manguera para llenar el depósito del topolino de nuestros señoritos que se iban de excursión con una vocalista del Pasapoga a la Cuesta de las Perdices. El asunto terminó como el baile de Torrete, con el húngaro y un chófer del Caudillo en prisión.

Pero aunque el invento de la gasolina sintética, sacada del agua, hubiera prosperado, a nosotros nos daba igual. Aquel mismo año apareció la famosa pertinaz sequía que secó fuentes y manantiales y nos dejó a todos bajo el áspero anticiclón tocando el tambor. Y en seguida adivinó el reino de la bombilla escuálida y del apagón a media tarde. Llegó el imperio del petromax y de la candela de sebo para las restricciones de luz, así que el pueblo llano se hizo a la oscuridad y se iba a la cama temprano cantando el **Ole, catapum**, por unos ojos negros que vi en el prado, ole, catapum, y al ver su negrura me he desmayado, ole, catapum. Y una vez en la cama, con la tripa vacía o llena de boniato y pan de serrín,



pues tampoco daban muchas ganas de hacer el amor con la parienta, porque aquellos no eran apagones como el de Nueva York provocado por extraterrestres para que los americanos se dieran el pico tranquilamente una noche y pudieran fabricar una nueva ración de marines; nuestros apagones los había traído el secular abandono y los politicastos de la República.

El 1942 fue el año en que la iniciativa bélica de la guerra mundial pasó de los alemanes a los ejércitos aliados, de modo que aquí, en España, se pasó del Te Deum al trisagio, del triunfalismo de esto está chupado a la rogativa, al triduo y al desagravio nacional al Corazón de Jesús. Los yanquis habían desembarcado en África y en las revistas de los curas se decía que el Generalísimo Franco antes de tomar las grandes decisiones se hacía sacar la Sagrada Custodia con el Santísimo y se pasaba la noche de rodillas en la capilla de El Pardo. Y mientras los aliados buscaban el modo de penetrar en Europa, aquí los rojos que por un milagro no estaban en la cárcel, metían la radio Invicta o Telefunken bajo el colchón para oír la BBC y luego en el bar, tomando un tazón de malta, comentaban en voz baja, casi por señas como los mudos, las noticias de los frentes, los avances de Montgomery. Para escuchar la Pirenaica se necesitaba más valor, era muy peligroso y ya se precisaba la audacia de un Juan Centellas de izquierdas. Quienes no fueran rojos entonces rezaban el santo rosario a la menor ocasión. A la gente le daba por rezar y matar chinchas. A las playas se iba a hacer calceta y los banistas vestían trajes gris marengo, con cuello duro y paraguas y era una delicia ver pasear por el borde del mar a los señoritos con zapatos blanquinegros de rejilla, fumando la nueva labor de la Tabacalera, los cigarrillos Tritón.

Los obispos soltaban pastorales fulminantes contra el pecado de la carne, que es el que se llevaba en aquel tiempo, y los jóvenes de Acción Católica, cogidos por el ardor sacrosanto cantaban aquello de ser apóstol o mártir acaso, mis banderas me enseñan a ser, pero los frívolos se iban a escuchar a Rina Celi, que cantaba **Carolina**, la can-

ción vaquera de la revista «Allá películas», o bailaban al son caliente de la orquesta de Tomás Ríos en fiesta de noche. O desoyendo los tambores del imperio hacían cola para ver los tambores de Fumanchú.



Y como el asunto de la guerra mundial iba tomando mal cariz y ya no bastaba con las rogativas y con que las madres ibéricas, después de conseguir una ración de aceite, se metieran en la iglesia con medias, mantilla y manguitos, por una ley de la Jefatura del Estado se ordenó una movilización parcial en todas las regiones de la Península del personal disponible de los reemplazos de 1941 a 1938. Los alemanes ya no parecían tan valientes, aunque el señor Führer les arengaba con la certidumbre de la victoria final. Y aquí mientras se veía pasar de largo en cada puerto los barcos fantasma cargados de hipotéticos garbanos, el pueblo le daba al sonsonete:

**Qué felices seremos los dos
Y qué dulces los besos serán
Sin azúcar, ni harina, ni arroz
Pasaremos la noche en la Luna
Por culpa del señor gobernador.**

Y así del piojo verde a la tuberculosis, de la ladilla a la anemia, del dolorido muñón a la descalcificación ósea. Y tiro por que me toca. ■ **DON BENITO**, el garbancero.